

LA CASA DE LA TÍA ARMIDA

Al día siguiente se despertó tarde. Los ruidos de la noche no la habían dejado dormir tranquila, además de que la conciencia la molestaba mucho. Quería creer que todo había sido una pesadilla, pero con desilusión volvió a recorrer el cuarto con la mirada, los cuadros, los juguetes, la imponente cómoda, el baúl al pie de la cama. Se tapó con la sábanas, quería llorar, pero no podía, estaba tan rencorosa con su madre que le costaba trabajo creer lo que le estaba sucediendo.

Un olor a café tostado en la cocina de leña le despertó el apetito, decidió hacer a un lado sus pensamientos y le ordenó a la nana el desayuno en la cama.

Cuando la nana se disponía a llevárselo, Don Esteban la detuvo.

—Deja eso en la mesa, yo iré a avisarle. —Le ordenó.

Subió al cuarto de Gabriela y abrió de golpe la puerta. Ella se asustó.

—El desayuno se sirve en la mesa —le dijo—, y date prisa en vestirme porque vamos a salir.

Se quedó muda, ni siquiera un «buenos días». Esto será muy duro, se dijo para sí.

Se levantó y se vistió, con el frío que hacía no tuvo valor de bañarse, así que se lavó la cara únicamente y bajó al comedor. Ahí estaba su padre como siempre, con su cigarrillo en la boca, una taza de café negro humeante y leyendo el periódico.

—Buenos días —lo saludó.

—Date prisa en desayunar, tengo que ir a ver los trabajos y quiero que me acompañes —le dijo sin dejar de leer su periódico.

Aparte de la finca que rodeaba la casa, Don Esteban tenía dos más, una llamada «El Banquito» por la forma de banco que tenía la loma; y la otra, «San Antonio», llamada así por un tío suyo que se la vendió, porque sus hijos no quisieron hacerse cargo de ella. Fueron primero a ver El Banquito, esta finca estaba dividida, la otra mitad pertenecía a su cuñado Benedicto Argueta casado con su hermana Armida Bustamante, ya fallecida, pero de cuya muerte poco se sabía.

Se internaron en la finca para reunirse con los trabajadores. Se aproximaba la temporada de corta y la estaban preparando. Esteban le iba explicando lo que estaban haciendo, quitándole la maleza, la mala hierba, el matapalo, pero a Gabriela no le interesaba mucho lo que decía su padre, y solo pensaba en sus compañeros y en los paseos por tanto lugar donde se podían divertir, y ella se lo estaba perdiendo y

encima tenía que oír las aburridas explicaciones de la finca que le daba su padre.

—¿Me estás poniendo atención?

—¡Sip! —Le contestaba sin saber lo que le decía.

Esteban, por su parte, pensaba en que mejor hubiera nacido varón, así se entenderían mejor, aunque recordaba lo cariñosa que era cuando niña, y lo bien que se llevaba con ella. Era su adoración, pero siempre con la esperanza de que Estela tuviera otro hijo, y varón.

Pero, ¿qué podría hacer con una adolescente, sabía que ella no le prestaba atención a lo que le iba diciendo. En la finca no había nada para una chica. Todavía no comprendía porque se la había enviado Estela. Cuando hablaron por teléfono, él se opuso al principio en recibirla, pero su amor por ella le hizo recapacitar y accedió sin hacer más preguntas, pero se sentía incómodo con ella, no sabía cómo tratarla.

Pensando así, llegó Víctor y se pusieron a platicar sobre la situación política del país, lo que se oía de la guerrilla en Morazán, y sobre los disturbios de sindicalistas en San Salvador.

—Realmente Don Esteban yo no sé en qué vamos a parar, todo se ve bien improvisado, ahora la Junta Revolucionaria de Gobierno ya tiene otro presidente el Ing. José Napoleón Duarte.

—Sí y mira a quien pusieron de Vicepresidente, al Coronel Abdul Gutiérrez —comentaban—, ya se vio que los militares no saben mucho de gobernar o hacer política, saben defender la soberanía de un país, pero hasta ahí.

—En San Salvador está terrible la situación, aquí por lo menos anda la Fuerza Armada y alguna protección considero que tenemos, pero allá, ya se declararon en las calles sin más ni más, andan sueltos por todos lados, se toman Catedral como entrar a su casa, es increíble que no les pongan paro. Y también las quemas de buses y llantas, no entiendo ¿cómo es que los dejan hacer eso? —Decía Víctor.

—Pero lo que sí duele es que asesinen a la gente civil.

—Pues si son bien vivos, se escudan entre la gente para que el Ejército no les tire, pero cuando tienen que bombardear cantones, ni modo matan a la gente inocente también.

—No tienen ningún respeto por la gente. Dicen defender al pobre, pero es al que más están jodiendo.

Se enfrascó tanto en la conversación que descuidó a Gabriela. Esta fue a buscar un lugar donde sentarse, algún tronco o un claro en la penumbra de la finca. Encontró una veredita, y recordó cuando jugaba con los niños de los campesinos a seguir vereditas dentro de la finca y como por reflejo siguió el caminito. Llegó hasta un lindero y había una

ladera enfrente, vio hacia arriba y para su sorpresa, se levantaba imponente la casa de su tía Armida. Se entusiasmó con la idea de volver a ver a sus primos, y con alegría pensaba que terminaría su calvario y aburrimento. Aligeró el paso, iba subiendo impulsada por la esperanza de verlos, pero al llegar a la cima una sombra le cubrió el rostro. La casa de dos plantas descuidada por abandono. Recordó como era, de color rosado con balcones cafés un jardín que era la envidia de Estela, con un inmenso cedro en el centro de un redondel, los jardines se componían de bellos rosales de todos colores. Nada de esto estaba, había ramas secas por doquier y hojarasca marchita acumulada desde hacía mucho tiempo frente a la casa, hasta el cedro parecía haber muerto también; las enredaderas eran de matapalo y de flores silvestres que tenían atrapada la casa, le llegaban hasta el segundo piso. La casa demostraba haber sido deshabitada por una eternidad, tenía una ventana quebrada y algunos balcones de madera destrabados. Aun así, decidió entrar, se subió a la verja y la saltó. Llegó a la entrada de la casa. Tocó, pero era inútil, lo hizo solo por educación. Estaba sin llave la puerta, y como si la estuvieran esperando, fácilmente se abrió. Entró sigilosa, temerosa de lo que pudiera encontrar como ratones o culebras. Echó una rápida mirada a la estancia y todo estaba ahí, los cuadros, los muebles. Se dirigió al viejo baúl que tenía su tía con los álbumes de la familia. Vio las fotos de sus primos y tíos, pero cosa rara, encontró que muchas fotos en las que aparecía su tío, éste estaba tachado, y en otras cortado o rasgado. Se preguntó ¿qué había ocurrido?, ¿y sus primos?, ¿y su tía?, ¿dónde estaban?. Con muchas interrogantes estaba cuando alguien la sujetó del hombro. Un salto de susto la sacó de sus ocupaciones.

—¿Qué demonios haces aquí? —La interrogó Esteban.

Tratando de recuperarse del susto le contestó algo cortada.

—Yo..., vine a..., a ver a mi tía..., yo, yo pensé que todavía vivían aquí.

—¡Nunca, pero nunca vuelvas a este lugar! ¿Entendiste?

—Sí señor. —Le contestó tragando saliva gruesa para calmar la adrenalina que le fluía desmesuradamente.

Esteban dio la vuelta furioso, y murmurando: «no sé porque la mandaron aquí, este no es lugar para una mujer».

—¡Víctor! ¡Que sellen esa puerta!

—Sí Don Esteban.

ANTONIO

Por la noche, durante la cena, Gabriela quiso abordar el tema de su tía Armida.

—¿Qué le pasó a mi tía Armida? —Le preguntó a su padre.

—Murió.

—¿Y de qué?

—¿Qué importa ahora? —Le contestó secamente.

—¿Y mis primos?

—Por ahí andan. Ya no preguntes. —Y se levantó de la mesa agregando—: Me voy, tengo un compromiso en San Miguel, no me esperen, vendré hasta mañana.

Apenas eran las 6 de la tarde, y en la casa no había televisión todavía, ni mucho menos teléfono, solo había un radio antiguo donde la Nana todavía oía sus radionovelas; la única novedad era que ya había luz eléctrica. Cómo extrañaba todo el modernismo. Se recordó que Víctor estaba a su disposición, y lo mandó a llamar.

—Víctor tengo que hacer una llamada telefónica, hay algún teléfono por aquí.

—Solo en el pueblo.

—¡Bueno, qué espera, lléveme! —le ordenó.

Víctor sacó el Jeep de la cochera, y la llevó al Recibidero de Café. Le pidió al vigilante que le permitiera entrar para hacer una llamada telefónica. Como era el Recibidero donde Don Esteban entregaba su café, no había problema, eran amigos con el dueño.

Marcó el número de Lorena, su mejor amiga.

—Halo, ¿Lorena? ¿Qué ondas vos?

—¡Gaby! ¿Pero dónde estás? Llamé a tu casa y tu mamá me dijo que no te podía comunicar y me cortó.

—Estoy en Berlín.

—¿Y eso dónde es? ¿En Alemania?

—¡Ay, pero qué ignorante eres! Estoy en Usulután uno de los 14 departamentos del país y uno de sus pueblos es Berlín, estoy con mi papá.

—¿Con tu papá? Pensé que no tenías.

—Pues sí tengo, y de castigo mi mamá me mandó para acá.

—Gaby, lo siento, si tú me hubieras puesto el dedo con el Director estarías aquí todavía, después de todo fui tu cómplice.

—Olvídalo, somos chicas fresa y soy fiel al código. Además, sé que mamá hará lo imposible para que me vuelvan a recibir en el colegio, ya verás.

—¿Y cuándo te veré?

—No lo sé, mejor vienes tú, para las vacaciones, ¿qué te parece?, porque aquí yo sola me aburro terriblemente.

—Le diré a mamá, invitaré a Jorge y a Charly, ¿te parece?

—¡Estupendo! ¡Será más divertido! ¿Cómo está Charly? ¿No sufre mucho por mí?

—Parece que te ha estado llamando a tu casa, pero tu mamá no le da razones.

—¡Mi madre! —Exclamó descontenta— no le volveré a hablar hasta que me regrese.

—No digas eso, es tu mamá y es bien buena, tú eres la mala.

—Mejor no sigamos hablando. Yo te llamaré mañana porque en la finca no tenemos teléfono, y tengo que venir al pueblo para llamar, ¡fíjate qué lata!

—Sí pobre, bueno así quedamos.

Al menos había sabido algo de sus amigos y novio. Cuando salió del Recibidero vio pasar a un chico en una motocicleta Suzuki de carreras, la volteó a ver muy descarado y dio la vuelta hacia ella. En ese momento ella disimuló un poco y se dirigió hacia el Jeep. Él se le puso a la par. Era guapo, de mirada despierta, cuerpo fornido y voz varonil que la invitó a la conversación.

—¡Hola! ¿No eres de por aquí verdad? —Inició muy atrevido.

—No.

—Yo soy Antonio José Argueta Bustamante, para servirla a usted. —Le dijo muy galante y extendiéndole la mano.

—¿¡Qué has dicho!? —Le preguntó sorprendida y sonriendo— ¡Tú eres mi primo! —Exclamó con alegría.

—¿Mi prima? —Dijo con desilusión— ¿¡No Dios por qué me haces esto?! —Dijo graciosamente viendo hacia el cielo—. Bueno..., ¿y no hay un abrazo para tu primito? —Preguntó picaresco.

—Claro que sí —dijo al momento de extenderle los brazos.

—¡Hay que rico encuentro! —Exclamó al momento que le daba un prolongado abrazo y un sonado beso en la mejilla.

Víctor presenciaba el encuentro desde la puerta del Recibidero, se había quedado platicando con el Vigilante de ahí. No sabía si intervenir o no, a Don Esteban no le simpatizaba para nada su sobrino Antonio y mucho menos le agradaría que su hija fraternizara con él.

—¿Quieres dar una vuelta conmigo?

—¡Claro que sí! —Exclamó feliz de haber encontrado alguien con quien platicar, sus ojos se le iluminaron de pensar que talvez no la pasaría tan aburrida.

En ese momento Víctor salía para detenerla, pero fue muy tarde, ya se habían marchado.

Antonio le enseñó donde vivía con su padre Don

Benedicto Argueta. Era una casa grande moderna al centro de un jardín amurallado en toda su extensión, así que de fuera no se podía ver la casa. Quedaba a la salida del pueblo. Le mostró el Agroservicio que manejaba su padre. Le dio un recorrido por todo el pueblo. Berlín era un pintoresco pueblito con sus casas de bajareque y adobe, con altos balcones y pintadas de dos colores. Como todos los pueblos, tenía su iglesia frente a un parque con una pequeña concha acústica, donde antaño tocaba la banda. A un costado del parque, la alcaldía y portales de negocios, y en el otro costado, la cantina. Llegaron a la Farmacia Paty, ahí vivía Patricia Castaneda, una amiguita de la infancia de Gabriela, con quien había jugado en muchas ocasiones y disfrutado de piñatas juntas. Se bajaron y entraron, Paty estaba atendiendo en ese momento.

—¡Hola Paty!

—Hola Antonio, ¿qué te trae por aquí?

—Te tengo una sorpresa, adivina ¿quién es? —Le preguntó al momento de presentarle a Gabriela.

—Soy Gabriela Bustamante, ¿te acuerdas de mí?

—¡Gaby! —Exclamó con alegría—. Pero qué sorpresa años de no verte.

Pasaron horas hablando de su niñez y chistando. Gabriela contó por qué se encontraba ahí de nuevo y todo lo que había hecho durante ese tiempo. Se dieron cuenta de la hora hasta que la mamá de Paty salió a despedirlos porque tenían que cerrar la farmacia.

—¡Qué tarde es ya! —Dijo Gabriela viendo su reloj—. Vamos a ver si me esperó el mozo de mi papá.

Víctor la había buscado por todo el pueblo, y no la había encontrado, frustrado decidió regresar a la Finca y esperarla ahí.

—¡Ya se fue ese infeliz! —Exclamó al no verlo—. ¿Me llevas a la finca?

—¿Está tu padre en casa? —Preguntó Antonio.

—No, ¿por qué?

—Por nada, vamos para allá.

En la finca Víctor estaba desesperado, se lamentaba el no haber intervenido a tiempo, la nana también estaba angustiada y rezaba el rosario para que volviera. Don Esteban se la había encargado para que la cuidara. ¿Y si le había pasado algo?, ¿y si se quedaría a dormir en la casa de Don Benedicto? Don Esteban lo mataría. Pensando así estaba cuando oyó el ruido de la moto. La presión se le controló.

Muy contenta se despidió de Antonio prometiéndose que se volverían a ver. Y al entrar se encontró con Víctor.

—¡Son casi las once de la noche, no quiero que me vuelta a hacer esto! —Le reprochó—. Su padre me encargó que la cuidara.

—¡Ah sí! —Lo interrumpió— ¡Pues mire a la hora que

llego! ¡Cómo se atrevió a dejarme tirada en el pueblo! ¡Haga bien su trabajo que para eso le pagan! —Le respondió, y dio la vuelta para retirarse a su cuarto.

Víctor se quedó mudo, no halló palabras con qué responderle, solo pensó mientras la veía subir: «esto será más difícil de lo que pensé, la niña que protegí cuando pequeña, ya no es la misma, se ha convertido en una altanera y malcriada».

Antonio estudiaba en San Salvador, y sólo llegaba a estar con su padre para las vacaciones del colegio, o cuando necesitaba dinero. Y como ya estaba de vacaciones, las pasaría en la finca. Gabriela estaba emocionada porque le agradaba bastante, aunque intuía que había algún problema porque, cada vez que Antonio la visitaba, le preguntaba si estaba Don Esteban en casa.

Se veían en la casa de Paty cuando Don Esteban bajaba con ella al pueblo.

Cuando habló con Lorena de nuevo, le dijo que tenía el permiso de ir y lo mismo para Charly y Jorge. Solo faltaba decírselo a su padre. Este no muy conforme accedió, aunque no quería que llegaran los dos chicos. Pero lo convenció diciéndole que eran hermanos de Lorena y que sin ellos no le darían permiso. Estarían con ella dos semanas.